

Ga
gran angular

LA NIEVE INTERMINABLE



AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

LA NIEVE INTERMINABLE

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

Traducción de Isabel Soto



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

Título original: *A neve interminable*
Traducción: Isabel Soto

© del texto: Agustín Fernández Paz, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9056-2
Depósito legal: M-26943-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La mañana llegó, y se fue, y llegó, y no trajo consigo el día,
y los hombres olvidaron sus pasiones ante el terror
de esta desolación, y todos los corazones se congelaron
en una plegaria egoísta que imploraba la luz.*

LORD BYRON: *Darkness* (1816)

Sí, los diarios estaban en lo cierto: nevaba en toda Irlanda. Caía nieve en cada zona de la oscura planicie central y en las colinas calvas, caía suave sobre el mégano de Allen y, más al oeste, suave caía sobre las sombrías, sediciosas aguas de Shannon. Caía, así, en todo el desolado cementerio de la loma donde yacía Michael Furey, muerto. (...) Su alma caía lenta en la duermevela al oír caer la nieve leve sobre el universo y caer leve la nieve, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos.

JAMES JOYCE: «Los muertos»
(en *Dublineses*, 1914)

La hora final

¿Qué sentido tiene escribir estas líneas? Ni siquiera sé si habrá alguien que las lea en el futuro. Por no saber, incluso ignoro si veremos un futuro. Pero en algo tengo que ocupar las interminables horas del día para no dejarme arrastrar por la desesperación o por el miedo. ¡Lo que daría por saber qué sucede más allá de estas paredes, más allá de las montañas que cierran el horizonte, más allá de esta incesante cortina de nieve que cae sobre nosotros! Observo a mis compañeros, que todavía confían en un imposible regreso a la normalidad, y me pregunto cuánto tiempo más podremos resistir. Por fortuna, la despensa contiene una buena cantidad de provisiones y en el sótano hay suficiente leña para mantener encendido el fuego de la chimenea durante algunas semanas más.

El día de nuestra llegada a este lugar, y también los dos siguientes, gozamos de un tiempo seco. Muy frío, pero seco. El sol de invierno apenas calentaba, tan solo sentías su suave caricia en los lugares abrigados. A pesar de las bajas temperaturas, el cielo azul nos animaba a salir al exterior de la casa y a caminar por los senderos de la comarca. El tercer día, el cielo se fue llenando de nubes negras que venían de más allá de las montañas del oeste. Acabaron siendo tan densas que, incluso al mediodía, la escasa claridad recordaba las horas del crepúsculo. El aire soplaba tan frío que parecía agujerear la piel y penetrar hasta la médula de los huesos. «Es aire de nieve», reiteraban las personas con las que nos cruzábamos. ¡Aire de nieve!

Recuerdo bien la tarde en que cayeron los primeros copos. Todos los del equipo interrumpimos la reunión y salimos afuera. Qué alegría daba observarlos descender suavemente, dejar que se nos posasen en las manos como delicadas caricias y contemplar la fina capa que comenzaba a formarse a nuestro alrededor. Sé que una nevada es un fenómeno frecuente, pero para mí, que siempre he vivido cerca del mar, no dejaba de constituir un inesperado milagro, un regalo que la vida me ofrecía.

Los primeros días me gustaba acercarme a la ventana y observar cómo todo el paisaje se iba cubriendo de blanco, cómo la nieve borraba poco a poco los colores de los árboles y de las casas, de las rocas y de los riachuelos, al tiempo que se desvanecían los contornos de las cosas. Entonces aún no sabíamos que la blancura que se posaba sobre nosotros no era más que el comienzo de la gran nevada que llegaría después y que nos aislaría del mundo. Y mucho menos podíamos sospechar que, en el transcurso de esta forzada incomunicación, nos ocurrirían los sucesos terribles que quiero contar aquí. Unos hechos tan reales como las paredes de esta habitación en la que escribo, tan reales como la nieve que cae y cae incesante sobre nosotros, como si algún dios airado hubiera decidido sepultarnos para siempre.

I

Me llamo Alba Novo, tengo treinta y seis años y trabajo como guionista de series para la televisión. Mi pasión por la imagen comenzó en los años de instituto; allí tuve la suerte de coincidir con las personas adecuadas, que guiaron mis primeros pasos. Fue duro explicar en casa que no estudiaría la carrera de Derecho, como mandaba la tradición familiar, y que deseaba matricularme en Comunicación Audiovisual. Los años de universidad fueron intensos y gozosos. Años de descubrimientos, de amistades, de lecturas y conversaciones... y de películas, incontables películas que me desvelaban la complejidad de la vida.

Cuando terminé la carrera, traté de abrirme camino por múltiples vías, siempre difíciles y angostas. Mi propósito era dedicarme solo al cine, pero la débil industria del país no me lo permitió. Participé en dos películas de escaso éxito, y ya no surgió ninguna oportunidad más. Me llegaron otras propuestas, todas del ámbito de la televisión, y en ese medio fue donde acabé desarrollando mi labor. Se trata de un trabajo menos creativo, imposible conseguir en él la profundidad que solo el cine nos permite. En la televisión es imprescindible saberse adaptar a los múltiples condicionantes de los índices de audiencia, hay que seguir las pautas rígidas que impone la productora y trabajar casi siempre a un ritmo frenético. Pero los salarios son elevados, y esto, en los tiempos que corren, es algo que se debe tener muy en cuenta.

A principios de enero, los de la productora El Cocodrilo Azul se pusieron en contacto conmigo. Se trata de una empresa nueva, hace menos de cinco años que se creó, pero ya cuenta con un prestigio consolidado. Sus series se distinguen por tener guiones más elaborados, sin concesiones a ese sector de la audiencia que huye de cualquier dificultad. Conocían mi trabajo en la serie *Tierras de Sangre*, que duró cuatro temporadas y consiguió unos índices muy estimables, y querían contar conmigo para su nueva producción.

El proyecto perseguía la realización de una serie muy distinta de las actuales: un conjunto de trece episodios independientes, agrupados bajo el título genérico de *Las fronteras del miedo*. Los capítulos estarían orientados al público adulto y en ella «se explorarían los terrores presentes en el mundo actual, huyendo de los argumentos clásicos del género, agotados desde una perspectiva comercial mínimamente exigente», según figuraba en el dossier que me enviaron. Me ofrecían el puesto de coordinadora del equipo de guionistas, una función que yo nunca había desempeñado. Lo que se me pedía, en una primera fase, era el guion para un capítulo piloto y una breve descripción del contenido que tendrían los restantes capítulos. Acepté sin dudarlo; el puesto suponía más presión y mayor responsabilidad, pero la oferta económica despejó todas mis dudas.

Tan solo puse una condición, que aceptaron sin ningún problema. Como llevaba tiempo trabajando en el oficio y conocía bien el mundo de los guionistas, exigí seleccionar a las personas que trabajarían conmigo. Enseguida pensé en Diego e Irene. Éramos amigos desde los años de la facultad, cuando nos pasábamos horas y horas ideando ambiciosos proyectos que el tiempo se encargó de desbaratar. Vivían en pareja desde hacía más de un año, y en aquel momento no trabajaban con ninguna productora. Y poseían una cualidad inestimable: les encantaban las historias de

miedo y de misterio, un género que nunca había suscitado en mí ningún interés especial.

Fue en su casa, durante una cena organizada para hablar del proyecto, donde fueron apareciendo otros nombres para completar el grupo. Ruth Zúñiga era muy buena, me aseguraron. No hacía falta que me lo dijeran; a pesar de sus pocos años, ya había conseguido cierta fama entre la gente de la profesión, y sería un acierto integrarla en el equipo. A quien no conocía de nada era a la otra persona que me propusieron: Miro de Castro, un profesor de Literatura que ambicionaba ser escritor. Contaba con escasa experiencia como guionista, pero acababa de publicar un libro de relatos de terror que había recibido críticas excelentes; nos sería útil para darles un toque de originalidad a los argumentos. Aunque barajamos otros nombres, decidí que cinco personas serían suficientes. Y, si la serie iba adelante y lo necesitábamos en el futuro, siempre existiría la posibilidad de llamar a alguna de las personas descartadas.

Tras varias conversaciones telefónicas con Ruth y Miro de Castro, que me sirvieron para confirmar su interés y su disponibilidad, decidí organizar con los cinco una primera reunión para conocernos mejor; en ella les expondría mi visión de la serie, escucharía sus sugerencias e incluso podríamos fijar los criterios que guiarían nuestro trabajo.

Ya me he referido antes a las presiones inherentes a este oficio. No había día en que no recibiera una llamada desde las oficinas de El Cocodrilo Azul, preguntándome por la marcha del proceso. Había aparecido otra productora italiana interesada en participar, Mamma Roma, pero no se decidirían mientras no se les presentase algo concreto. O sea, debía olvidarme de la tranquilidad que habíamos pactado, era necesario acortar los plazos. Me vi en la obligación de diseñar un método que nos permitiera avanzar con rapidez y eficacia. Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea de que nos concentrásemos durante unos días en

algún lugar aislado, donde podríamos trabajar sin que nada nos distrajesen.

Lo consulté con Diego e Irene, que consideraron que era una idea excelente. Y fueron ellos quienes propusieron una solución: habían pasado el puente del 12 de octubre en un hostel pequeño y agradable situado en Monteseiro, una de las parroquias del ayuntamiento de A Fonsagrada. «Hostal Providencia, ese es su nombre. Allá solo hay prados y bosques, y montes atravesados por una gran cantidad de caminos. El pueblo más próximo es A Fonsagrada, que está a unos quince kilómetros. ¡Más aislado, imposible!», informó Irene. «Además, se come bien, las camas son cómodas y los precios, muy razonables».

En la reunión que mantuvimos los cinco, la propuesta logró una aceptación unánime. Diego se encargó de hacer las reservas por teléfono, y cada uno de nosotros se las ingenió para arreglar sus asuntos particulares y disponer de dos semanas libres. La mañana del 18 de enero salimos de A Coruña en dirección al hostel. Hicimos el viaje en dos coches, con los maleteros cargados como si nos fuéramos a ausentar durante un año entero. La distancia no era excesiva; sin embargo, a medida que nos internábamos en la zona montañosa de la provincia de Lugo, la sensación que me provocaba se parecía a la de un viaje a alguna comarca ignota situada más allá del tiempo.

El lugar era tal y como Diego e Irene lo habían descrito: una casa construida en la falda de una colina de suave pendiente, más próxima a la cumbre que a la base. Un río allá abajo, que discurría por un estrecho valle ocupado por tierras de labor, y prados de un verde intensísimo. Bosques de hoja caduca que ocupaban la parte alta de las laderas de los montes del entorno. Y tan solo dos casas más para humanizar el reducido valle. Un lugar solitario, idóneo para alejarnos del ajetreo de la ciudad.

Como había aventurado Diego, los huéspedes de A Providencia eran escasos. Estábamos en temporada baja; otros establecimientos semejantes cerraban durante los meses más fríos; este debía de ser de los pocos que permanecían abiertos. Tan solo los fines de semana aparecían unas cuantas personas, casi siempre aficionados a la pesca atraídos por la fama de los numerosos ríos que discurren por la comarca.

En realidad, solo había tres huéspedes que podíamos considerar fijos. Y, como supimos después, todos ellos refugiados allí por razones muy semejantes a las nuestras. Dos eran mujeres jóvenes, que formaban pareja tanto en el ámbito personal como en el profesional. Se llamaban Tania y Rebeca e intentaban ganarse la vida escribiendo textos teatrales. Juntas ideaban y escribían las obras; tal como nos explicaron, el momento que más disfrutaban era la construcción de los diálogos, que primero creaban oralmente y luego trasladaban al papel. Habían decidido aislarse en el hostel porque deseaban presentarse a un premio que, además de su prestigio, contaba con una elevada dotación económica. El plazo de entrega de originales concluía a mediados de febrero, y consideraban idónea la soledad del lugar para escribir con mayor rapidez y calidad.

Vivían con naturalidad, y solo esto ya hubiera bastado para que me cayesen bien. No tardaron en entablar amistad con nosotros, e incluso nos sentábamos a la misma mesa a la hora de la comida. Pocas veces he dado con personas tan alegres, era difícil no reírse con las delirantes escenas que improvisaban con la mayor facilidad.

El tercer huésped era un hombre de unos cincuenta años que, en una primera impresión, recordaba la figura de Samuel Beckett. Se llamaba Abraham y, como el escritor irlandés, destacaba por su estatura y por tener un cuerpo delgado y fibroso, así como por su rostro de trazos rectos, surcado por múltiples arrugas. Vestía siempre de gris y era

parco en palabras. Con todo, conseguimos enterarnos de que se ganaba la vida como traductor. Impresionaba escuchar la relación de las lenguas que hablaba y, todavía más, la de los idiomas que podía leer sin dificultad. Necesitaba terminar cuanto antes dos traducciones que le habían encargado, ese era el motivo que lo había llevado a recluírse en A Fonsagrada.

No dejaba de resultar curiosa tanta coincidencia. Si hacíamos abstracción de los detalles concretos, todas las personas que nos hospedábamos allí teníamos un mismo objetivo: imaginar historias, crear ficciones o trasladarlas a otra lengua, que también es una manera de crear.

Bien mirado, de quien debería hablar en primer término era de la pareja que regentaba el local. Ambos tenían unas biografías que darían para una película. Damián, el marido, había nacido en las tierras del Bierzo; era ingeniero aeronáutico, profesión que había ejercido en Madrid durante más de quince años. Cuando conoció a Sabine, una pintora holandesa que residía en Florencia, enseguida se enamoró de ella. Debieron de ser unos meses apasionados, porque regresaron a España decididos a compartir el resto de sus vidas. Se habían casado hacía tres años. Al poco tiempo decidieron abandonar Madrid, cansados del ajetreo de la ciudad. De alguna manera, parecían encarnar los ideales de la generación hippy de finales de los sesenta, aunque estaba claro que no los habían vivido: Damián confesaba tener cincuenta años, y Sabine, cuarenta y siete; así que, cuando el movimiento hippy se extendió por Occidente, ambos tenían que ser unos chiquillos. Pero era innegable que compartían de un modo profundo la idea del retorno a la naturaleza y la pasión ecológica.

Tras buscar por diversos lugares, acabaron por elegir la Galicia interior para vivir en comunión con la tierra. Com-

praron una casa que en otros tiempos había sido la más rica de la zona, la reformaron y la convirtieron en hostel. El hostel era también su hogar, y me pareció que lo habían abierto más por tener compañía durante el año que por las escasas compensaciones económicas que les pudiera reportar.

Una vez instalados en nuestras respectivas habitaciones, y después de una comida frugal, dedicamos la tarde a conocer el entorno y a conversar. No fueron horas perdidas; de alguna manera ayudaron a consolidar la necesaria cohesión del grupo.

Al día siguiente tuvimos nuestra primera reunión de trabajo. Pretendíamos buscar ideas nuevas, posibles historias que nos sirvieran para la serie. De entre todas ellas, luego se seleccionarían las que valiera la pena desarrollar.

Las primeras reuniones resultaron decepcionantes, a juzgar por los resultados. Las propuestas que iban saliendo no pasaban de ser una sucesión de tópicos escasamente atractivos: casas embrujadas, vampiros, zombis, hombres lobo, magia negra, la Santa Compañía... Y lo mismo nos sucedió en los días siguientes. A pesar de todo, decidimos no descartar ninguna idea, por sobada que estuviera. Sabíamos que, llegado el momento, siempre se podría utilizar como complemento de otras historias más poderosas.

Más allá de las reuniones de trabajo, durante el día, cada uno estaba a lo suyo. Era por las noches, después de la cena, cuando nos encontrábamos en torno a la chimenea del salón y, cualquiera que fuese el tema tratado, hablábamos solo por el placer de conversar. El hostel, por fortuna, contaba con una buena provisión de licores caseros, todos elaborados por los campesinos de la comarca y comprados en la feria mensual de A Fonsagrada: licor de arándanos y de endrinas, sobre todo, aunque tampoco faltaba el de guindas o el licor de café.

Fue en la tarde del cuarto día cuando comenzó a nevar. Entonces, como he dicho antes, ninguno de nosotros podía imaginar que estábamos asistiendo al comienzo de esta terrible nevada. Que nieve en enero, y más en el interior de Lugo, entra dentro de lo previsible. Creo, además, que a todos nos puso de buen humor, y hasta pensamos en aprovechar la circunstancia para ambientar alguno de los episodios.

La nieve siguió cayendo durante la noche y también a lo largo de los dos días siguientes. Al atardecer, cuando ya habían pasado más de cuarenta y ocho horas de tormenta ininterrumpida, empezaron a llegar noticias alarmantes. Radios y televisiones suspendieron su programación habitual y se centraron en informar sobre la nevada, que ya había comenzado a alterar la vida cotidiana. Cada vez eran más las carreteras cortadas, y las autoridades difundían sin cesar medidas de emergencia, así como la recomendación de no salir de casa hasta que la situación estuviese controlada.

Una mañana, cuando nos reunimos para desayunar, nos llamó la atención la ausencia de Tania y de Rebeca, que siempre procuraban coincidir con nosotros. Tal vez habían pasado una mala noche, o habían trabajado hasta muy tarde, o habían decidido quedarse en cama unas horas más...; lo que sobraban eran causas que explicasen aquella ausencia. Le preguntamos por ellas a Sabine, que era quien nos atendía aquella mañana. Nos sorprendió su respuesta:

–Rebeca y Tania se han marchado hará unas dos horas, en el mismo coche que Damián.

–¡Que se han marchado! ¿Con este tiempo? ¿Y adónde han ido?

–¡A Lugo! La culpa es de mi marido; yo ya les dije que me parecía una locura. No se habrían marchado de no ser porque ayer, a última hora de la tarde, apareció por aquí Cibrán de Fonfría, el de la casa que está cerca del puente. Quería saber si necesitábamos algo de Lugo, ya que hoy tenía previsto viajar a la ciudad.

–¡Pero si todas las carreteras están cortadas por la nieve!

–Eso a Cibrán no le da miedo: tiene un Range Rover, un vehículo pensado para temporales así. Fue entonces cuando Damián decidió ir con él; tenía varios asuntos que arreglar en Lugo y quería resolverlos cuanto antes. Rebeca y Tania, que estaban presentes en la conversación, preguntaron si había sitio para ellas. Y claro que lo había: el vehículo es muy espacioso. Así que se han ido los cuatro; confiemos en que no les ocurra nada.

Su marcha nos sorprendió a todos. Ambas nos habían acompañado en la charla de la noche anterior, parecía raro que no nos hubieran dicho nada. Pero todos sabemos que el comportamiento humano puede ser imprevisible y contradictorio, así que tampoco le concedimos mayor importancia. Quizá tenían otros planes y no les apetecía compartirlos.

Durante la comida, Sabine nos comunicó que había conseguido hablar por teléfono con su marido. Habían llegado bien a Lugo, aunque el viaje les había llevado mucho más tiempo del habitual. Tania y Rebeca, al despedirse, le habían explicado que tratarían de buscar la manera de regresar a Vigo, la ciudad en la que residían.

–Damián ha decidido quedarse en la ciudad unos días, en casa de un amigo nuestro. Quiere arreglar varios asuntos que no podían esperar. A ver si, mientras, el tiempo mejora un poco y puede volver sin problemas.

Aunque hicimos algunos comentarios banales, todos los del grupo dimos por buena la explicación. En el fondo, siempre tendemos a no conceder importancia a los asuntos que no nos afectan directamente. Tan solo me causó extrañeza la expresión de Abraham, siempre tan discreto, que había escuchado la conversación sin perder palabra. Me miró fijamente y sonrió, aunque aquella fue como una sonrisa clandestina. Clandestina y misteriosa, porque también creí percibir en ella señales de alarma que entonces no entendí.